

como rosas desprendidas
de los rosales del cielo,
constelaciones tan bellas
y astros tan áureos y espléndidos,
como jamás, ni soñando,
ojos de mortales vieron!

HERNÁN CORTÉS

Pues disponed la partida,
y congregad en el templo
a los soldados, que antes
que surja el sol zarparemos,
y hay que encomendarse a Dios
y confesarse primero...
¿Qué tal la gente?...

PEDRO DE ALVARADO

Contenta,
en apariencia a lo menos.
Todos sueñan con el oro
y las riquezas sin cuento
que han de hallar en esas tierras,

seguros de que son ciertos
los relatos que hacen de ellas
los antiguos compañeros
de Grijalva...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

Quien tan sólo
halla solaz y recreo
en terrenales riquezas,
es como el bobo del cuento
que trocaba el oro por
baratijas de buhonero!

PEDRO DE ALVARADO

Es la vida del soldado
dura en penas y tormentos,
y es justo alegrarla un poco
dándole regalo al cuerpo,
que al fin y al cabo ha de ir
a pudrirse al cementerio,
a ser festín de los peces
o alimento de los cuervos...

¡Por eso él busca en la tierra
lo que vos pedís al cielo!...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

Mas ¿la salvación del alma?...

PEDRO DE ALVARADO

¡La de la carne es primero!

HERNÁN CORTÉS

(Interviniendo, después de
un momento que ha permanecido
como reflexionando.)

Alvarado!, di al piloto
de mi nave que he dispuesto
que vaya a regir la tuya,
como prueba del afecto
y las finas atenciones
que a tus lealtades le debo....

(Bajando la voz.)

Y si encalla tu navío

en algún bajo costeño,
¡mándale ahorcar en seguida
del más alto mastelero!...

PEDRO DE ALVARADO

¡Para ejemplo de traidores!...
Veis, padre, cómo sin rezos,

(Volviéndose a fray Bartolomé.)

sin sermones ni latines,
sólo con un leve gesto,
todos los hombres que tienen
corazón, nos entendemos!

HERNÁN CORTÉS

¡Marchad a cumplir mis órdenes,
y que, al primer llamamiento
del bronce de esas campanas,
acudan todos al templo!...

(Salen Alvarado y Bernal
Díaz por el palmar de la
izquierda.)

Escena sexta

Hernán Cortés y Bartolomé de Olmedo

¡Velázquez... ¡Él siempre ha sido
la sombra negra en mi vida!...
¡La víbora que, escondida
entre flores, trepa al nido
del aguilucho real,
envidiosa de su vuelo,
queriendo que en su fangal
se manche el azul del cielo!...
Desplumar quiso las alas
de mi ambición ilusoria:
alas que fueron las galas
de mis ensueños de gloria...
¡Mas, al ver su esfuerzo vano
y más firme mi ambición,
pensó, envidiosa, su mano,
asesinarme a traición!...
Pero ante mi estoica calma

falló su torpe embestida;
y viendo salva mi vida,
pensó asesinar me el alma,
en su ciego devaneo
obligándome a casar
con la que no puedo amar,
pues no es amor el deseo!

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¡Pobre doña Catalina!...

HERNÁN CORTÉS

¡Otra víctima inocente
de don Diego!....

(Queda un instante pen-
sativo, con la frente entre las
manos.)

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

Vuestra frente
a su recuerdo se inclina

abatida y temerosa,
igual que si a su presencia,
una nube pavorosa
cruzase vuestra conciencia!...

HERNÁN CORTÉS

(Alzando altivamente la
cabeza.)

¡Vuestra piedad os engaña!...
Mi conciencia, ¡voto a tal!
es un lago de cristal
que ninguna nube empaña!...
Con mi honor de caballero
traficaron; la acepté
como esposa, y, por mi fe,
que si cual tal no la quiero,
la respeto como tal,
que aquel que español se llama
y es hidalgo principal,
siempre respeta a su dama!...
Por eso, padre, por ella
vierto llantos de dolor,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fondo 1625 MONTENEGRO, MENOR

pues la unió su mala estrella
con quien no le tiene amor!

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

Pero doña Catalina,
¿no es bella?...

HERNÁN CORTÉS

Tan bella es,
que la belleza se inclina,
humillada, ante sus pies!

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

(Con timidez.)

¿No es digna?...

HERNÁN CORTÉS

Si no lo fuera,
no fuese de mí señora,
ni mi corazón sufriera
la angustia que le devora!

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

Si amor y belleza junta,
¿por qué vuestra estimación
no le dais?....

HERNÁN CORTÉS

¡Esa pregunta
le hago yo a mi corazón!
Y por más que adusto y grave
le pregunto sin cesar,
sólo responderme sabe:
—¡Porque no la puedo amar!

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¿Algún otro amor inflama
vuestro pecho?...

HERNÁN CORTÉS

¡Enamorado
estoy, padre, de una dama

que jamás he contemplado!
 ¡Y la ama mi corazón
 con tan ciego frenesí,
 que ya no hay lugar en mí
 para otra nueva pasión!...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

(Con severidad.)

¡Llama infernal, que en su anhelo
 quemará vuestra memoria!...

HERNÁN CORTÉS

(Con vehemencia.)

¡No, padre, es amor del cielo,
 porque esa dama es la Gloria!
 Por ella dejé a mis lares,
 y en loco y febril empeño,
 sobre lo frágil de un leño
 crucé el furor de los mares,
 porque una voz, terca y fuerte,
 murmuraba en mi interior:

—Sólo gozarás su amor
 desafiando a la muerte!
 ¡Cual la princesa de un cuento
 que por un mago encantada
 esperando está la espada
 que rompa el encantamiento,
 estremecidas de fe,
 las caricias de sus manos
 te esperan en tierras que
 no vieron ojos humanos!—
 Por ella, a esta expedición
 me lanzo altivo y sereno,
 encendido de pasión,
 a ver si encuentro en el seno
 de ese mar desconocido
 que espanta nuestra mirada,
 el bello jardín florido
 donde espera mi llegada...
 ¡Su amor temblará a mis pies,
 y eternos hará la Historia
 los amores de la Gloria
 con don Hernando Cortés!

(Resuena alegremente el
 esquilón de la ermita.)

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¡Ya repica la campana!...
 Marchemos presto los dos
 a la capilla cristiana,
 y, arrodillados, a Dios
 pidamos, con los fervores
 del más sobrehumano empeño,
 ¡que realicéis el ensueño
 de tan gloriosos amores!...

(Empuja a Hernán Cortés hasta la ermita, donde van penetrando los soldados.)

Escena séptima

Escudero y Diego Cermeño.

ESCUADERO

(Después de observar en torno suyo, en voz baja y recelosa.)

¡Otra vez le falló el golpe
 a don Diego de Velázquez!...

CERMEÑO

¿Tú sospechas, Escudero?....

ESCUADERO

¡Que si sospecho! Al mandarte
 sin razón y sin motivo,

como piloto a otra nave,
es porque Cortés, sin duda,
el plan que tramamos sabe!...
¡No parece sino que
ese hombre tiene un ángel
o un demonio protector,
que a su lado, vigilante,
estorba todos los golpes
y toda trama deshace!...

CERMEÑO

(Estremeciéndose.)

¡Dios nos libre de sus iras
si conoce nuestros planes!

ESCUDERO

Hay que impedirlo...

CERMEÑO

Mas, ¿cómo?...

ESCUDERO

Piloto, la cosa es fácil,
mientras en la tierra existan
balas, veneno y puñales,
y, por desgracia, sean
todos los hombres mortales!

CERMEÑO

Pero don Hernando tiene
en la expedición leales
partidarios, que podrían
defenderle...

ESCUDERO

¡No le hace!...
La traición vaga en la sombra...
Y además, un golpe vale,
si es rápido y es certero,
mucho más que cien combates!

CERMEÑO

Mas el brazo que ha de darlo?...

ESCUADERO

Cualquiera que tenga sangre,
que, si no le falla el golpe,
bien le pagará Velázquez!...

CERMEÑO

¡Pues busquemos ese brazo,
y que su vida se acabe!...

ESCUADERO

¡Morón puede ser!... ¡Es hombre
de corazón y de arranques,
que por oro, capaz fuera
de asesinar a su padre!
Además, irá conmigo
de Hernán Cortés en la nave,
y veré de convencerle
antes de que a tierra salte,
y así tendrá por sepulcro
las espumas de los mares...
¡Y capitán nombraremos

para que la flota mande,
como es natural, al deudo
de don Diego de Velázquez!...

CERMEÑO

(Mirando salir de la capi-
lla a los soldados.)

Pero... ¡silencio, Escudero!...
La gente del templo sale...

Escena octava

Dichos, Bernal Díaz, Un soldado viejo, Morón
y soldados

BERNAL DÍAZ

(Mirando a Escudero y a
Cermeño, que se confunden
con la muchedumbre.)

¡Los dos conversando a solas
sin ir a rezar al templo!...
No les perderé de vista,
que a don Hernando le debo
gratitud, y he de salvarlo,
porque juré, ¡vive el cielo!,
que puñal que vaya a herirle
antes pasará mi pecho!...

VOCES DE SOLDADOS

(Dirigiéndose a la playa.)

¡A las naves!... ¡A las naves!

MORÓN

(Seguido de otro grupo, a un soldado viejo.)

¿Tú te quedas?...

SOLDADO VIEJO

Yo me quedo,
que antes fui con Juan Grijalva,
y me parece que sueño
cuando, vivo, entre los míos,
en esta playa me encuentro!...

(Un grupo de soldados le rodean.)

ESCUADERO

¿Tantos fueron los peligros?...

SOLDADO VIEJO

¡Jamás podréis comprenderlos!...
Primero: monstruos marinos,

hechizos y encantamientos,
que trastrocaban las brújulas
y desclavaban los hierros
de las naves, que, bogando
a impulsos de roncós vientos,
entre escollos se perdían,
sobre unos mares tan negros
que de nuestras propias manos
no distinguíamos los dedos!...
Esto, durante la ruta...
Pero lo peor fue luego,
al tomar tierra, en un río
que era como un mar inmenso,
poblado de cocodrilos,
tan largos y corpulentos,
que a todos islas flotantes
y verdes, nos parecieron...
¡Y en las frondosas orillas,
mil abortos del infierno:
dragones, grifos, fantasmas;
hombres, con un ojo en medio
de la frente, tan feroces,
que tienen por alimento
la carne humana, y mujeres

UNIVERSIDAD DE NUEVA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 3625 MONTEBELLER, MEXICO

que son brujas, por lo menos!....
 ¡A buena parte marcháis!...
 ¡Que el Señor os dé consuelo!...

MORÓN

Mas, ¿el oro?...

VOCES DE SOLDADOS

¡El oro!... ¡El oro!...

MORÓN

¡Por él bajara al infierno,
 y a estocadas la emprendiera
 con el mismo Cancerbero,
 que con oro compra el hombre
 la tierra, el mar, ¡y hasta el cielo!...

Escena novena

Dichos, Hernán Cortés y Capitanes.

HERNÁN CORTÉS

(Saliendo de la capilla, se-
 guido de algunos capitanes, y
 aproximándose al grupo de
 soldados.)

¿Qué pasa, amigos?

MORÓN

Que este
 soldado andaba diciendo
 que es locura el embarcarse
 para esos remotos reinos,
 pues fue con Grijalva, y nada
 encontró allá, ni aun recuerdos

de oro, sino hambres y pestes,
y fatigas y tormentos!

HERNÁN CORTÉS

Escuchad lo que en aquellas
islas remotas veremos,
que así nos pinta Eldorado
un poeta, compañero
de los viejos argonautas,
que hace siglos descubrieron,
en mitad del océano
esos fabulosos reinos!...

(Todos les cercan con profunda ansiedad.)

Tierra de encanto y maravilla,
en donde todo fulge y brilla,
y al mismo tiempo aroma y canta;
donde es suave y muelle el suelo,
y se desliza nuestra planta
ingrácida, como en un vuelo,
sobre el ensueño floreciente
de una alcatifa del Oriente

bordada en verde terciopelo...
Altas montañas de oro y plata,
donde la aurora se retrata
en la ilusión de mil espejos;
y en cuyas cimas, los volcanes,
no son cual fraguas de titanes
que en colosales llamaradas
nublan el Sol, con los reflejos
de ardientes gemas irisadas,
sino humeantes surtidores,
cuyos penachos deslumbrantes
abren quiméricas huríes,
para esmaltar huertos de flores
con tenues lluvias de diamantes
y aljofaradas de rubíes!
Esbeltas, pródigas colinas,
que tienen curvas femeninas
de adolescencia, en cuyas faldas
dormitan selvas de esmeraldas,
que dan, al Sol, todo un tesoro
de frutos de ámbar y de oro;
y en cuyos fúlgidos ramajes,
profusamente perfumados,
aves de extrañas armonías

abren, al viento, sus plumajes,
 como abanicos constelados
 de llameantes pedrerías!
 Ríos de paz, cuyas corrientes
 musicalmente sosegadas,
 son de zafiros transparentes,
 como las húmedas miradas
 de las pupilas de las hadas,
 en las leyendas de las fuentes!
 Regando valles sobrehumanos
 saltan arroyos de albas perlas,
 sin más trabajo que cogerlas
 entre los huecos de las manos!
 Entre jardines de áureas rosas,
 blancas ciudades fabulosas,
 que en pesadillas luminosas
 apenas fueron entrevistas,
 de altivos templos, y palacios
 con muros de ópalo y topacios
 y minaretes de amatistas!...
 Y en medio de este paraíso,
 como en el bíblico, Dios quiso
 sintetizar toda grandeza
 y fundir todos los placeres

en los tesoros de belleza
 y amor, que encierran las mujeres!....

Mujeres pálidas, morenas,
 hechas de nardos y azucenas,
 carne en lujurias encendida,
 en cuyos labios se convierte
 el beso en algo que da vida
 al mismo tiempo que da muerte!...
 ¡El oro!... ¡El oro!... ¡En todo arde!...
 ¡En los rosales de la aurora,
 y en las cenizas de la tarde!...
 ¡Oro la lluvia también llora;
 oro, en su cauce, arrastra el río;
 oro despiden los volcanes,
 y hasta oro en polvo es el rocío
 que en luz desbórdase en los vasos
 de los dorados tulipanes!...
 De oro es la clara polvareda
 que se levanta a nuestros pasos;
 perfuma el oro la arboleda;
 oro respírase en la brisa,
 y oro se bebe en la sonrisa
 de las doncellas, que batallan
 de amor, ceñidas de diamantes,

y, con los senos palpitantes,
 en nuestros brazos se desmayan,
 mientras el fúlgido tesoro
 de los collares, los aretes
 y los joyantes brazaletes,
 se apaga en músicas de oro!...

(Como ebrio de gloria, con
 los brazos tendidos a la apo-
 teosis del mar, donde a las
 primeras claridades del día
 se aurifican las carabelas con
 las velas hinchadas para zar-
 par.)

¡Nobles y altivas carabelas:
 izad, al viento, vuestras velas,
 y zarpad para ese lejano
 reino, en mitad del océano,
 que ebrio de amor y primavera,
 todo de oro y luz vestido,
 nuestro soñado arribo espera,
 como la esposa al prometido!...

(Volviéndose a los capitanes.)

¡Tended, amigos, los pendones
 de los simbólicos leones

y de los castillos de oro!...
 ¡Surcad, el nuevo mar sonoro,
 a los augurios de la aurora,
 para plantar, en la sonora
 tierra de encanto y maravilla,
 sobre la cumbre que más brilla,
 la gloria eterna y triunfadora
 del estandarte de Castilla!...

(Pedro de Alvarado des-
 pliega al viento el estandarte
 de Castilla.—Todos se descu-
 bren.)

VOCES

¡Al mar!... ¡Al mar!...

MORÓN

¡El oro nos espera!..
 ¡Portaremos a tierras españolas
 tantos tesoros, que nuestra galera
 navegará, rasando con las olas!...

VOCES

¡Al mar!... ¡Al mar!... ¡Al mar!...

PEDRO DE ALVARADO

En las arenas
de remotos y mágicos pensiles,
aguardan nuestros cuerpos juveniles,
con los brazos tendidos, las sirenas!...

Escena última

Dichos y Fray Bartolomé de Olmedo.

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

(Apareciendo en los umbrales de la capilla, con la cruz en la mano.)

¡De rodillas, blasfemos, y contritos
rezad, rezad, con fervoroso anhelo,
hasta que henchido de piedad, el cielo
se digne perdonar vuestros delitos!
¡Doblad, arrodillados, las cabezas,
hasta tocar el suelo con las palmas...!

(Todos se van arrodillando.)

¡No buscamos placeres ni riquezas:
vamos tan sólo a redimir las almas,
y a plantar, sobre tierra tan risueña

como humanas pupilas nunca han visto,
junto al pendón de España, como enseña
de eterna redención, la cruz de Cristo!

(Los bendice. Todos se
santiguan y se levantan.)

VOCES

¡Al mar!... ¡Al mar!...

HERNÁN CORTÉS

Despunta la mañana
en un glorioso triunfo de oro y grana...
La brisa perfumada hincha las velas,
y, sobre tanto azul, cisnes parecen
esas nobles y altivas carabelas,
que en sueños de esperanzas se estremecen,
ansiosas de arrancar, de lo profundo
del mar que playas de quimera baña,
el milagro inmortal de un nuevo mundo,
para ofrecerlo, como un dón, a España!..

VOCES

¡Al mar!... ¡Al mar!...

ESCUDERO

El áureo vellocino
nos espera en el seno de las olas...

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

¡La cruz de Cristo mostrará el camino
que han de seguir las naves españolas!...

VOCES

¡Al mar!... ¡Al mar!...

(Atruenan el cañón. Todos
se dirigen a la playa.)

HERNÁN CORTÉS

Con su tronar sonoro
anuncia nuestro éxodo a la Historia
el cañón... ¡A las naves!...

MORÓN

¡Por el Oro!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CORTÉS -
1825 MONTERREY, MEXICO

BARTOLOMÉ DE OLMEDO

(Alzando la cruz.)

¡Por la Cruz!...

HERNÁN CORTÉS

(Desplegando el estandarte real.)

¡Por la Cruz y por la Gloria!

TELÓN RÁPIDO

ACTO SEGUNDO